

Las mil caras del deporte

Santiago Coca *

A modo de justificación

HABLAMOS tanto y tantos de las cosas del deporte y de sus protagonistas que uno ya no sabe a qué carta quedarse. Porque ha sido, y sigue siéndolo, tan desfigurado y tan manipulado el deporte que, antes de seguir hablando de él, tendríamos que purificarlo de todas sus adherencias malsanas y, una vez rescatado su rostro auténtico, atrevernos a tomárnoslo en serio. Incluso podríamos preguntarnos si vale la pena escribir sobre el deporte en las páginas de esta revista de fe y pensamiento.

Digamos, para empezar, que como entre hombres y mujeres anda el juego, el deporte merece, por lo menos, la misma comprensión que cualquier otro fenómeno social que comprometa al ser humano. Y digamos, además, que personalmente creo en los quehaceres que llevan entre ma-

* Doctor en Ciencias de la Información. Madrid.

nos los hombres del deporte, si esta afirmación significa dar fe de alguien y confiar en él, y que pienso, no sin alguna razón, que el deporte está cargado de razones para subsistir. Que convenzan o no estas razones, esto ya pertenece al juicio libre de cada uno.

Deporte y deportes

NO es fácil definir a gusto de todos el concepto «deporte». Es más, resulta imposible concebirlo como una respuesta unívoca que significara lo mismo para designar, por ejemplo, el tenis de mesa, el fútbol, la acrobacia aérea o el esquí acuático. Hay que hablar de los deportes, así en plural, y desterrar la mención, así en singular, del término «deporte», a no ser que la usemos como un tópico abreviado para entendernos.

No de una cara, sino de mil caras, tantas como modalidades, está revestido el deporte. La mar, el viento, lo que llamamos cielo, la tierra, la nieve, las aguas tranquilas o alborotadas de un río, el sol, la lluvia, la intemperie, el ámbito cerrado, la velocidad, los instrumentos de precisión, los caballos, y un etcétera de elementos no humanos constituyen, parcialmente al menos, el dónde, el cuándo y el cómo de unas prácticas deportivas que se resisten a ser encasilladas bajo un mismo lema.

Si a estas consideraciones añadimos los porqués de todas las personas —su motivación que les proyecta hacia determinadas maneras de ser deportivas—, y sus para qué finalistas —lo que a cada uno le interesa evidenciar en su dedicación deportiva—, descubriremos nuevas justificaciones para la existencia de otros tantos deportes ya que no todos se prestan a las mismas respuestas.

Todos los elementos enumerados, y sólo ellos, nos autorizan a entronizar un deporte polifacético, con mil caras, o mejor dicho una serie variopinta de deportes, cada uno con su cara peculiar. No hay duda de que existen asignaciones comunes que identifican la interpretación específica del deporte, por ejemplo, el gesto corporal o el movimiento, por ejemplo, el esfuerzo, por ejemplo, la oposición o el obstáculo que es preciso superar. Pero al margen de estas matizaciones apenas encontramos otros componentes que se adecuaran genéricamente a todas las formas de practicar los deportes.

El primer error, por consiguiente, en el que incurren los que denigran o aplauden el deporte, desde una valoración simplista, es el de considerar por el mismo rasero a todos los deportes. Como también supone un error identificar el espectáculo deportivo que surge de la competición más exigente con la dedicación espontánea de quienes de vez en cuando se solazan con el ejercicio físico.

Las mil caras del deporte suponen mil ofertas diversificadas para que los hombres de nuestro tiempo conjuguen en términos de cultura lo que es la expresión libre de unos gestos corporales y sobre todo humanos.

Si entendemos por cultura, como lo expresaba Ortega y Gasset en su lección sobre «Cambio y crisis», «la interpretación que cada ser humano da a su vida», las mil caras del deporte representarían otras tantas respuestas culturales con que los hombres deportivos explicarían su propia realidad y sus relaciones con el mundo cualesquiera que fueran sus peculiares circunstancias.

La movilidad típica de todos los deportes muestra un vitalismo plural, punto de fusión entre lo somático y lo psíquico, que da a conocer cómo la naturaleza humana, a partir de sí misma y de su inserción en su contexto mundano, es capaz de enriquecerse desde múltiples perspectivas, por ejemplo, desde la competitiva, la lúdica, la docente, la recreativa o la comunicativa.

Por otra parte, nuestra sociedad no sólo acepta sino que demanda de buen grado esa pluralidad de respuestas culturales, ese deporte de las mil caras. Y aplaude lo mismo unas clases de educación física que un campeonato del mundo de fútbol, que unas horas distendidas de relajación para unos ancianos. La evidencia de este muestrario de bien hacer social justifica de por sí el que hablemos de esas mil caras del deporte.

Los deportes como circunstancia humana

LAS palabras apuntadas hasta el momento nos autorizan a decir que los deportes son ante todo una circunstancia humana, en el sentido orteguiano del término, que los deportistas dignifican o envilecen a diario. Los deportes no se entienden sin que la mujer y el hombre los expliquen mediante el lenguaje no verbal de sus gestos. Por eso, mientras no destaquemos la superioridad de la estructura

humano-deportiva sobre los resultados técnico-deportivos, seguiremos definiendo el fenómeno social del deporte como un invento alienante.

Porque si la mujer y el hombre fueran lo de menos, de nada nos valdrían las anécdotas, y éstas sí que por miles, que jalonan la historia de los deportes. Nos quedarían, eso sí, las medallas, los records, los fichajes sonados a golpe de talonario, los gestos técnicos modélicos, los gritos de una afición, las desilusiones, en definitiva unos datos para la estadística y para el entendimiento parcial de la historia.

Evidentemente todas esas caras del deporte le pertenecen, son suyas, pero no constituyen su esencia. Por eso quien no viva desde los adentros humanos esa «faena hacia adelante», que en frase de Ortega y Gasset define la vida —también la de los deportistas por supuesto—, no está autorizado a poner en solfa lo que unos y otros se están jugando en torno a la actividad deportiva.

Lo que sucede es que al ser los deportes una realidad vital escurridiza —los actos deportivos nacen y mueren deprisa—, no permiten apenas a los espectadores un tiempo de reflexión. Y así sucede que se tienen en cuenta más las anécdotas que los contenidos, más los resultados que los procesos que a ellos conducen, más los gestos que los hombres y las mujeres que los sustentan, más las apariencias transeúntes, sobre todo, que las razones y los sentimientos duraderos.

Muchos se quedarán con las caras del deporte pero sin atreverse, ni siquiera por una vez, a verificar ese dicho común de que la cara es el espejo del alma —¿tendrá alma el deporte?—, no sea que detrás de la fugacidad de los gestos deportivos se descubriera otro mundo que pusiera en entredicho la ignorancia de tanto espectador superficial del fenómeno deportivo.

Los deportistas son, así y a la vez, muchos hombres y mujeres, múltiples circunstancias donde instalarse vitalmente, y un sin fin de variadísimas y comprometidas respuestas. Todas estas situaciones nacen de la consideración pormenorizada del deportista como ser humano en movimiento, activo físicamente, inquieto y en actitud permanente de cambio.

De esta manera los hombres deportivos no cesan de interpretarse a sí mismos y de recrear su propio mundo, el que les ha tocado vivir, dotándole de ritmos y perspectivas nuevas. Que los espectadores o sus contemporáneos sepan o no percibir las mil caras y las mil almas de esos deportes que palpitan a la vista de todos sigue perteneciendo al juicio libre y respetable de cada uno.

Cara y cruz en las mil caras del deporte

ES cosa bien sabida que no es oro todo lo que reluce en el panorama deportivo. Ni todos son triunfadores, ni todos millonarios, ni la felicidad es completa aun en medio de los elogios más encendidos. Para qué engañarnos, es el mismo sol y sombra, cara y cruz, que detectamos en cualquier otro comportamiento humano. ¿Con mayor resonancia social los fracasos y los éxitos que acontecen en los deportes que en otras instancias humanas? Pues sí, no hay duda de ello. Pero una cosa es la importancia demesurada, como oro reluciente, que nuestra sociedad otorga al fenómeno deportivo, y otra cosa muy distinta es que todos los deportistas merezcan esa importancia, como si todos ellos fueran oro puro de ley.

Sin embargo, los deportistas reconocen mejor que nadie las presiones a las que están sometidos, las carencias que les imposibilitan superar sus limitaciones, la fugacidad de los momentos felices, las resistencias de su propio cuerpo que entorpecen la adquisición de las destrezas más simples.

No se engañan quienes practican cualquier deporte, porque uno de los valores más cualificados del ejercicio físico es el de revelar, convirtiéndose así en un espejo, la cara auténtica de cada deportista. Quien compete sabe antes que nadie cuáles son su cara y su cruz. Y desde esta perspectiva qué buen test de personalidad es cada uno de los deportes y cuántas y cuán distintas caras humanas descubre.

El deportista, héroe o villano en apenas un soplo de su vida, apenas puede dar a conocer esa su cara y su cruz, su complejo entramado interior, porque los llamados grandes del deporte se deben por encima de todo a los resultados. Qué más quisieran que poder explicar a todos su dimensión humana verdadera, su compromiso deportivo que es un hacerse y un deshacerse entre múltiples idas y venidas de lo mejor a lo peor de sí mismo y viceversa. Pero este ritmo interior no aparece ante la opinión pública y su sentido humano queda diluido en dimes y diretes irrelevantes.

Tampoco las caras de que los deportistas son siempre un muestrario sincero de su mundo interior. Pero a muchos aficionados, a casi todos los hinchas y a todos los mirones superficiales de los fenómenos humanos

estas consideraciones les traen al fresco. Para ellos parecer es sinónimo de ser, aunque evidentemente no lo formulen así, y bastante tienen con dar crédito a sus sentidos. Y ese aparecer son los resultados, y nada más, a los que esos mirones se ajustan, y la única cara del deportista que reconocen. Todo lo demás, incluso lo que estamos diciendo aquí, no cuenta. Para conocer todas las caras del deportista o todas las caras del deporte habría que disponerse a comprender todo el largo proceso que conduce precisamente a presentar esas caras. ¿Pero a cuántos de nuestros contemporáneos les interesa conceder al deporte un tiempo de reflexión y un voto de confianza?

Los deportes son algo más que una oferta social sucedánea

NO es de ahora el hecho de que los deportes constituyan un reclamo para apaciguar muchas crisis coyunturales. Y lo hagan ofreciendo sus caras amables, las del «panem et circenses» romano, que sirven tanto de compensación o de tapadera a los males presentes como de aglutinante social de grupos humanos.

Y como el espectáculo deportivo es un suceso lúdico muy maleable, basta con vincular unos colores y unos nombres con una opción política, ideológica o económica, para que los pueblos de todas las culturas habitadas, y posiblemente por haber, se identifiquen fácilmente con esa propuesta sutil que tiene cara deportiva lo que muchos aprecian, pero que esconde raíces que importan a los organizadores de esos acontecimientos.

Los que presentan así manipuladas las caras del deporte le hacen un flaco servicio puesto que lo desnaturalizan. Porque una cosa es valorar su carácter festivo que permite el disfrute de las peripecias humanas emprendidas en este sentido —la fiesta auténtica del deporte, con los viajes, los cánticos, las banderas, la emoción compartida, la euforia ante un espectáculo cultural de categoría—, y otra cosa es el escamoteo de esa dimensión jubilosa y su sustitución por todo un entramado de intereses bastardos.

Bastante repercusión alcanzan los deportes en nuestra sociedad como para que encima nos valgamos de su presencia como apoyo y reivindicación de otras causas extradeportivas.

Hemos llegado a unos extremos tales de extrapolación de lo que acon-

tece en la órbita estrictamente deportiva que el simple ganar o perder, una de las verdades más sencillas y a la vez más totales de cualquier actividad deportiva, se magnifica de tal manera que sus efectos van más allá de lo que en muchas ocasiones es previsible. Estamos hablando, por ejemplo, del cúmulo de palabras, hechos y omisiones violentas que todos lamentamos y que no cesan de ensuciar las distintas caras del deporte.

Esta función de los deportes, para nosotros degradada y equívoca, y que algunos sin embargo defienden como típica y en consecuencia vergonzosa, es uno de los motivos de permanente discusión entre quienes creemos en la validez de los postulados humanos deportivos y quienes desprecian, y a lo sumo consideran como mal menor, estas historias interminables de los deportes.

Se piense como se quiera, no deja de ser curiosa esta posibilidad tan versátil que ofrecen los deportes para apropiarse de la atención de los pueblos y de los individuos. Han calado tan hondo las distintas formas de ser deportivo que han dado de sí para todos los gustos, para ser rechazadas, para ser politizadas, para ser entroncadas en los planes de estudio de una universidad, para convertirse en objeto formal de una ciencia, para ofrecer oportunidades de salud, para distraer el ocio de muchos, para ser entendidas como dedicación profesional, para ocupar tiempo y espacio notables en los medios de comunicación...

¿Las caras del deporte vendidas con el solo propósito de adormecer a los pueblos? Pensamos que no, y afirmamos que entre el uso y el abuso de los deportes media un sinnúmero muy serio de actitudes, valores y convencimientos que son los que delimitan —lo mismo que en otras instancias humanas—, la justificación o el descrédito de lo que está aconteciendo.

Los deportes al margen de su contexto

COMO reflexión última sobre las mil caras del deporte me permito, entre la broma y la perplejidad, dar cuenta de la reiteración con la que a veces implantamos el término «deporte» en otros campos de la vida social, con otras caras que no le pertenecen y que nada tienen que ver con lo deportivo. Nos olvidamos del significado exacto de la palabra deporte y nos permitimos cualquier escarceo lingüístico que deja una huella equívoca en la interpretación de los sucesos humanos.

Las citas, aquí presentadas, provienen de las páginas escritas de algunos periódicos y son por lo tanto documentos fidedignos por lo que su comprobación está al alcance de cualquiera.

—«Se debería practicar con mayor frecuencia el deporte de las dimisiones». «Asistimos al siniestro deporte de las acusaciones entre los políticos». «El deporte de los cuatro imbéciles de arriba es matar chiquillos». «XX no se va a retirar de su deporte favorito, la política». «Lo malo de este tiempo de ocio, de este deporte tan propicio del verano, es que se conspira en los ratos libres». «El político X practica el deporte de bombero en la relación entre los políticos». «La liquidación de la URSS es como una simple operación deportiva...».

Las citas son tan numerosas y tan continuas que podríamos preparar un tratado sobre esta inversión del lenguaje que desnaturaliza el significado del deporte y lo convierte en una realidad humana desprovista de entidad propia. Las mil caras que al deporte se le asignan mediante esta función metafórica lejos de enriquecerle le degradan. El deporte utilizado como herramienta imperfecta de la expresión humana multiplica su presencia entre nosotros, pero a través de unas caras que no son las suyas.

A modo de conclusión

EL deporte, como cualquier otra experiencia humana, está dotado, por una parte, de un número plural de caras y no todas lo suficientemente nítidas como para ser comprendidas sin escándalo o sin discusión. Y por otra parte, está condicionado a la opinión libre de los indiferentes, los acusadores, los estudiosos o los fanáticos.

El cine, la economía, la política, la medicina, las religiones, todo fenómeno humano refleja sus caras diversas en el espejo de cada observador. Dime quién mira y cómo y hacia dónde y cuándo y por qué, y te diré qué caras, qué imágenes de la realidad percibe. Las caras del deporte empiezan a partir de la propia cara de cada uno, de su propio talante humano.